

PRÓLOGO

¿En qué consiste la lucidez en la poesía? ¿En ver lo que se tiene que ver? ¿En tener siempre abiertos los ojos y verlo todo? ¿En hacer hablar lo que se ve? ¿En buscar entre un montón de imágenes vacías eso que sentimos como belleza? ¿En buscar, vanamente, la belleza?

Acometer un volumen dedicado a la poesía como el que ahora ponemos en manos de los lectores, implica una apuesta por un género incierto y solitario que ha perdido mucho de su dimensión colectiva y que solo habla en representación de sí mismo. La solución que planteamos es, en buena medida, mesiánica, en el sentido que Walter Benjamin le daba a esa palabra. Solo tenemos la incertidumbre, la apuesta y el “salto del tigre” sobre la balanza de la historia. Quizás porque la poesía es un cuarto oscuro y los poetas siempre lo han sabido. Un cuarto oscuro en cuyo interior pelean los interrogantes y las bestias. Tal vez por eso dicen que los poetas descienden de Orfeo, que bajó al infierno y volvió para contarlo.

Nos consta que buena parte de la crítica sobre poesía que se escribe en estos días –y se escribe bastante poca si la comparamos con el volumen que se produce respecto de otros géneros– se ejerce encandilada por sus propias herramientas de saber o acrecienta prejuicios ya instalados de sobra: lo dificultoso o intratable de la poesía, las resistencias vinculadas a su naturaleza oscura, elíptica o inactual, etc. Raras veces leemos una página clara, escrita por placer, donde el crítico se deje llevar por el hedonismo o ensaye alguna metáfora. En este sentido, hemos intentado presentar al lector un conjunto de materiales que, lejos de ser homogéneo y sistemático, aborda la materia poética, sus circuitos y sus problemáticas, de manera comprometida y diversa.

De todas formas, creemos que por más racional o analítica que se presente la lectura que hagamos de los poemas, siempre habrá allí algo de elíptico y de delirante. Porque el único modo de acercarse a la poesía es a través de un sistema de desvíos. En cada vuelta que damos alrededor del poema, nos acercamos y al mismo tiempo nos alejamos de ese núcleo incandescente que es la materia poé-

tica. Por eso, mejor, leer poesía. Mucho mejor leer. Y emprender un peregrinaje por tierras completamente desconocidas, o por otras, a veces más familiares. O formar “la mejor banda”, como propone Roberto Bolaño en una de sus bellísimas crónicas. Una banda constituida solo por poetas, porque no hay nadie que encare el desastre con mayor dignidad y lucidez, porque su fragilidad es engañosa y porque en el gremio de los escritores son la joya más valiosa y más codiciada. Pero por sobre todo, formar una banda de poetas porque aunque la experiencia termine de forma desastrosa, seguramente nos dejará algo que tiene que ver con la belleza.

Denise León